

Nos volveremos a ver

A falta de media hora para las dos llegamos a la estación. Me gustaría poder decir que el ambiente allí era insoportablemente dramático. Que llovía a mares y que la maquinaria del tren rugía como una bestia inquieta a nuestras espaldas. Que todos los presentes estaban pendientes de nuestra despedida y que el enjambre de silbatos de los maquinistas se desgañitaba con creciente impaciencia. Que la escena era muda y en blanco y negro. Pero no hubo nada de eso.

Lo cierto es que nos encontrábamos en la intrascendente estación de trenes de Soria, hacía un sol de justicia y el Regional Exprés ni siquiera había llegado todavía. El andén estaba impregnado de un silencio mustio y aséptico que podría haber resultado insultante, si yo hubiera tenido algún derecho a sentirme insultado. Pero no lo tenía, y a nadie le preocupaba lo más mínimo lo que fuera de nosotros después de habernos separado. También me gustaría poder echar la culpa de todo lo que pasó ese fin de semana al estúpido virus. A la crisis. A la complicada coyuntura internacional. Pero, como de costumbre, el único culpable allí era yo.

«Nos volveremos a ver», le insistí entonces al oído una vez más, intentando reflejar una seguridad de la que a todas luces carecía. Supongo que era evidente, para ella también, que lo único que pretendía era convencerme a mí mismo. No tenía mucho más que decir, así que me contenté con abrazarla de nuevo. Era lo más fácil. Y al agarrar sus hombros de gelatina, me pareció tan

frágil que llegué a temer que su cuerpo pudiera partirse en pedazos si la soltaba, y eso me hizo sentirme peor. Pero ya era tarde para ese tipo de cosas.

Solamente cuando el parco morro del tren apareció lentamente por nuestra derecha me atreví a relajar mi presa y a bajar la mirada, yendo a darme de bruces contra ese par de ojos acusadores, fijos en mí desde vaya uno a saber cuándo. La mascarilla le censuraba la mitad de su expresividad, y yo lo agradecí para mis adentros. En mi supina cobardía, no pude más que fingir que todo estaba bien y dedicarle un ambiguo cabeceo, y ella lo aceptó por respuesta, haciendo como que me entendía. Hoy sospecho que verdaderamente lo hacía.

Y, esta vez sí, la maquinaria del Regional Exprés comenzó su prosaico movimiento sin mayor ceremonia. Sin bramidos, ni silbatos, ni fumarolas de humo. Sin transiciones en blanco y negro. Un operario de Renfe que no podría haber sido más abúlico si se hubiera entrenado expresamente para ello la instó a subir al tren antes de que fuera tarde, y ella terminó por hacerlo, sin muchas ganas pero sin oponer demasiada resistencia. Entonces nuestros pies se separaron mansamente, y yo me vi todavía aquí, aunque ella estuviera cada vez más allá.

Contra todo pronóstico, cuando liberé mi abrazo, ella no se partió en pedazos. Cuando lo comprobé por última vez, su cuerpo seguía ahí; entero y perfecto, contemplando la creciente distancia entre los dos como si la cosa no fuera con ella. Me pareció incluso que ya no temblaba. Y yo me entretuve unos interminables segundos sosteniéndole la mirada, tratando de aprenderme de memoria las formas de su cara, y los colores de su ropa, y la colección entera

de sus gestos, como para no perder nada de todo eso. Pero el tren desapareció por fin al otro lado de los túneles, y, en cuanto no hubo nada más que mirar, yo pude notar cómo comenzaba a olvidarla.

«Nos volveremos a ver», me atreví a sentenciar una última vez entre dientes, camino a la calle, mientras buscaba a tientas mi paquete de tabaco, pero hacía ya mucho que sabía que nunca más volvería a verla.